

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 157

Discurso patriótico, por el doctor don Florencio Pérez Comoto

DISCURSO PATRIÓTICO,

Contra la rebelión que acaudilla el cura Hidalgo, y ventajas que ofrece la unión de todos los buenos ciudadanos. Por el doctor don Florencio Pérez Comoto, de la Real Sociedad Patriótica de La Habana.

Cuando la mayor parte de las potencias de Europa degradadas o prostituidas arrastran hoy en pago de su bajeza, las pesadas cadenas con las que une a su infernal carro el tirano del continente; cuando muchedumbre de príncipes y soberanos abaten sus diademas en servil holocausto del monstruo de la Córcega; cuando sólo la antigua España brilla por una resistencia tan maravillosa como firme, bajo la única esperanza y seguridad de la constancia de sus principios heroicos; cuando ella saliendo de su abatimiento levanta orgullosamente la cerviz y opone a la irresistible fuerza del maquiavelismo y del ardid el valor de sus hijos y la nobleza de sus pechos; cuando los españoles que viven derramados por todos los ángulos del universo sostienen con su conducta el empeño de su madre patria, hay desgraciadamente hijos desnaturalizados, que conducidos por el interés personal, ofenden la inmaculada opinión de sus hermanos, y pretenden groseramente eclipsar las luces de su patrio suelo, ya sea tomado en su origen, ya en su procedencia.

Nueva España, ésta parte del globo favorecida siempre del ser eterno, rica por tanto en sus producciones, codiciada de los extraños, y asilo perpetuo de nuestros compatriotas, singularmente en los tiempos de las desgracias y turbulencias que tanto nos consternan en nuestros días, se halla ya tocada de la infección política que ha causado la ruina de países igualmente felices, igualmente religiosos y pacíficos.

Tres siglos de sumisión, de fidelidad y de sosiego no han sido bastantes a contener la loca ambición de tres sujetos impolíticos, irreligiosos y sin talento, que ha procurado seducir la parte, acaso más sana, de esta población, para llevar adelante sus revoltosas ideas, con ofensa positiva de la acendrada lealtad que ha tenido y conserva la América septentrional.

Plumas más bien cortadas, talentos verdaderamente sublimes pintaron ya con toda la viveza de sus colores, el horroroso cuadro de la presente sublevación, y nos han delineado con la mayor exactitud posible el triste resultado de un movimiento revoltoso, si por desgracia pudiesen llevar al cabo sus sanguinarios proyectos.

La alta dignidad de los unos, la augusta representación de los otros, y la pública opinión de los demás dan mayor energía a sus expresiones, y más solidez a sus raciocinios; la actividad y sabiduría con que el superior gobierno dicta las más acertadas providencias para la tranquilidad, pública restablecerán pronta y eficazmente el buen orden, y el brazo vengador de la justicia no dejará impunes a los enemigos de la religión, de la patria, y de nuestro adorado FERNANDO.

Si la fuerza física fuese la sola que había que vencer, muy corto sería el tiempo que debería emplearse en destruirla, pero desgraciadamente es mayor el enemigo de los que aparece, porque no es fácil calcular el influjo y el poder de su fuerza moral; debilitar o apagar ésta por demostraciones y convencimientos, destruyendo preocupaciones envejecidas, infundadas y mantenidas por la malicia, por la ignorancia, o por el interés debe ser el único objeto de los buenos ciudadanos que quieran contribuir con sus luces y conocimientos a la felicidad de este hermoso y rico imperio; el empeño no es fácil, pero el interés general exige que sea constante, y que se sacrifique en beneficio de la religión y del estado cuanto haya de consagrar en la aras de la patria.

Europeo por nacimiento, y americano por gratitud y por elección, he visto en todos tiempos los intereses de la antigua y Nueva España, bajo un mismo punto de vista, y con la misma unidad que dictan sus estrechas y sagradas relaciones; español en la península, español en sus Américas ha reconocido siempre un mismo gobierno, una misma religión, unas misma leyes, y unas mismas obligaciones.

La cualidad de ciudadano, las inviolables deliberaciones de una primitiva convención, y los sagrados juramento del vasallaje prestados desde el establecimiento de nuestra monarquía, transmitidos y reiterados de generación en generación hasta llegar a nuestros días, todo nos obliga, y todos nos compromete a sostener la forma de gobierno, y la religión jurada de nuestros padres.

Ni es sola la santidad del contrato la que determina nuestros empeños; miembros del cuerpo moral y colectivo, que pasivamente constituye el estado, del modo mismo que se forma la soberanía en una consideración activa, tenemos todos el derecho de obligar a los que se separen de la voluntad general, y desatiendan los sufragios de la comunidad para que obedezcan esta convención, como que ella no tiene otro objeto que el de asegurar su libertad y propiedad.

Tal es la naturaleza de la condición social que dándose cada ciudadano a la patria, ella lo defiende y resguarda de la dependencia personal, y ésta sola circunstancia es la que forma el artificio y el mecanismo de la máquina política, y es la que sanciona los comprometimientos civiles.

El príncipe mismo puesto a la cabeza de esta convención, reasumiendo la soberanía y el poder ejecutivo, es el más firme apoyo de los intereses del Estado, de los derechos del cuerpo político y de la libertad individual; así es como se encadenan las obligaciones del pueblo con los derechos del trono; y así es también como una nación está obligada a

sostener a su monarca contra las invasiones del extranjero, y contra las convulsiones interiores.

La infame y vil agresión del cuadillo de los franceses, puso a la antigua España en el primer caso; y la cruel, inesperada, y escandalosa rebelión del cura Hidalgo hará que la nueva acredite el segundo a la faz de toda la tierra, repitiendo las pruebas de su lealtad, se sus sacrificios, y de la conformidad de sus votos.

¡Qué contraste tan terrible nos presenta hoy la más noble y virtuosa de todas las naciones! Una insurrección santa inflama los corazones de nuestros hermanos, y lagos de aquella heroica sangre derramada por la patria y por la religión, inundan las fértiles campiñas de nuestra metrópoli; montones de cadáveres envueltos en las ruinas de las nuevas Sagunto y Numancia nos enseñan el camino glorioso que hemos de seguir, y con sus últimos alientos dieron también el último ejemplo de valor, de la constancia, de la virtud, y de la lealtad que heredaron de los antiguos españoles.

En la Nueva España una insurrección sacrílega, un movimiento popular que tiene todos los caracteres de rebelión ha turbado la dulce paz que nunca habíamos visto alterada; la más poblada y agricultora provincia de estos preciosos dominios está ya asolada por el robo y el saqueo; aquellos honrados labradores que abrían la tierra y la regaban con el sudor de su frente, hoy seducidos, son los que talan los campos del vecino, los que derraman la inocente sangre de sus caros hermanos, y los que llevan de pueblo en pueblo la desolación y la muerte.

Un ministro del señor, un predicador de la ley de gracia, un director espiritual, en una palabra el cura de Dolores es el ministro de los excesos cometidos, el que anuncia al pueblo las impías y sacrílegas máximas, el que lleva a sus ovejas de precipicio en precipicio, y el que burla y profana los preceptos más sagrados de la religión. Dos oficiales

que juraron bajo sus banderas, defender la religión, la patria, y a nuestro deseado FERNANDO desertan de ellas para atropellar cuanto hay más sagrado en la tierra, se declaran enemigos del Estado, traidores al soberano, y autorizan el pillaje y toda clase de desórdenes y de delitos.

La España europea sostiene una lucha tan sangrienta como firme por mantener su independencia, su carácter y su gloria, y en la España americana se excita una guerra civil para buscar la esclavitud, para degenerar de sus principios, y para obscurecer su esplendor; allí el trono de FERNANDO está poluido por un enemigo astuto y fiero, y aquí lo manchan sus mismos vasallos; allá se pelea por el honor de la madre y de los hijos, y acá Hidalgo, Allende, y Aldama pretenden destrozarlo; aquellos se hacen admirar de las cuatro partes del mundo, y éstos serán para siempre el objeto del menosprecio y de la crítica sensata de todas las naciones; últimamente los viejos españoles dejarán a la posteridad ejemplos inimitables de las virtudes cívicas, y estos nuevos revoltosos una memoria odiosa de su execrable conducta. Hablo de los insurgentes corrompidos y desmoralizados; hablo contra esa pequeña porción de hombres prostituidos; venero y respeto el talento, la fidelidad y la religión de la parte sana que es la masa general, y la que detesta más que los mismos europeos la vil conducta de los rebeldes, y la que hace toda la fuerza pública con que contamos para la pacificación y seguridad del estado, para gloria de la religión, y para honor de todas las Américas.

No es posible en este estado dejar de significar los motivos de esta oposición, y las causas que han determinado el alboroto interior; pensaba, y pensaba con fundamento no suscitar cuestiones odiosas, pero insensiblemente he llegado al punto de no poder callar sin ofensa de la razón.

Confieso que he oído siempre con indiferencia y con desprecio las exageraciones de los partidos americanos y europeos; y confieso también que esta triste experiencia no me convence de error; ha favorecido mi primera idea doce años de establecimiento en la pacífica e ilustrada de Veracruz, donde no se conoce facción ultramarina ni ultramontana, y donde los pueblos todos de su jurisdicción aman las virtudes sin indagar sus procedencia; una esposa americana, hijos y amigos del mismo suelo hacen todas mis delicias.

Sin embargo, es preciso ceder a la opinión pública, y ésta se fija sobre la rivalidad de los europeos con los americanos, o al contrario; sin desmentir el común consentimiento, y sin analizar los pormenores de esta proposición séame permitido manifestar que cualquiera que haya sido el poder de esta enemistad, ella no sirve hoy sino de pretexto para desenvolver las pasiones, y para realizar proyectos tan torpes como criminales, premeditados, según se infiere, muy de antemano por el cura Hidalgo y sus secuaces.

Las desgracias repetidas de la península, y la falsa idea de independencia son los únicos y verdaderos motivos de la rebelión; en tanto es más independiente una potencia, en cuanto es más sólida una constitución, y la verdadera libertad del ciudadano consiste en la unidad de los sentimientos de sus compatriotas, en la sumisión a las leyes, y en el mayor poder de la soberanía.

Separarse de estos principios, debilitar o dividir la opinión pública, desviándola de la causa común y del camino de la recta razón es dirigirse con paso acelerado en busca de la anarquía; es procurar la destrucción del estado, excitar todos los desórdenes, y terminar por la esclavitud.

El estado como el cuerpo físico tiene sus períodos, y siempre camina hacia su destrucción; el fin del segundo está sujeto a las leyes inalterables de la naturaleza establecidas por el divino hacedor; pero la conservación del primero es obra de los

hombres; en las revoluciones de los estados siempre padecen grandes males los miembros de él, aún cuando alguna vez consigan restablecer el poder y el esplendor; desgraciadamente en los general estos movimientos tumultuarios causan la ruina y la esclavitud, porque divididas las opiniones, debilitan la fuerza pública, y encendida la guerra civil, quedan a disposición del vecino, o del extranjero más fuerte.

En la conmoción de la península, es una la opinión, uno el deseo, la fuerza pública está concentrada, se dirigen las operaciones por un mismo impulso, y todos obran de concierto porque todos pretenden conservar su libertad, su decoro y propiedades; éstas son las solas revoluciones que engrandecen a los estados, y ella será por lo mismo la que asegure nuestra felicidad, y la que seguirá los pasos de Esparta, de Roma, de la Holanda y de la Suiza en los tiempos de su gloria.

Si los partidarios de Hidalgo afianzan sus quiméricas esperanzas de el engrandecimiento que han visto en los Estados Unidos, después de su separación de la Gran Bretaña, es porque no conocen la legislación inglesa; porque ignoran la española; porque no han creado las diferencias de los tiempos; porque no han leído la historia de aquellos países, y porque nada saben de su localidad.

No es de mi objeto ni conviene en las actuales circunstancias apuntar las causas de aquella división; pero baste decir que ella se verificó de un modo que debería confundir a nuestros fraccionarios si explicase el pormenor de sus acaecimientos.

Interesa, si, hacer ver que la fertilidad de aquel suelo, la multitud de ríos caudalosos que la cruzan, el número y seguridad de sus puertos, la facilidad en las exportaciones, y una marina mercantil en toda su perfección favorecieron a los colonos, e hizo que en breve tiempo la América del norte llegase a ser una potencia agricultora y comerciante que es la verdadera y más segura riqueza.

La libertad de conciencia, y la constitución federal atrajo muy en breve infinidad de colonos que emigrando del norte de Europa fueron otros tantos brazos con que contó la industria y la agricultura americana con aumento de su población.

En medio de tantas y tan positivas proporciones con que la naturaleza ha favorecido aquellos países jamás hubieran salido de su constitución colonial si dos potencias de primer orden no hubieran estado interesadas en la separación y la hubiesen protegido con todo el poder de sus grandes recursos, ni tampoco habrían logrado la preponderancia que gozan si las revoluciones que agitan la Europa de algunos años a esta parte no les hubiese proporcionado hacer un comercio exclusivo en todo el mundo a la sombra de la neutralidad que han conservado a costa de mil sacrificios.

Esta misma constitución tan floreciente sería la más ruinosa y perecedera, si por desgracia se viese en la necesidad de tomar una forma militar para resistir las agresiones de una potencia que la hostilizase con la inmediatez que ha hostilizado el Calígula de la Francia a las demás naciones de la Europa.

Es necesario tener una ignorancia absoluta del país que habitamos, de las diferentes castas y del carácter de sus moradores; de la naturaleza de su comercio; del estado de la agricultura, de las artes y marina, y de la falta de recursos y de protección, para emprender tan criminalmente la independencia en circunstancias en que es necesario romper los sagrados lazos que nos unen a nuestra madre; en que es indispensable quebrantar los solemnes juramentos de fidelidad; violar las leyes sociales y divinas; ofender la acrisolada lealtad de los fieles americanos; derramar la inocente sangre de los muchos que sostienen la buena causa, y abandonar a la última desesperación a aquellos nuestros queridos hermanos que se sostienen y sostendrán a expensas de la fidelidad americana.

Si tal es la naturaleza del contrato de la comunidad con el príncipe, que no es posible violarlo sin atacar la seguridad nacional; si pretender separarse de la dependencia natural y legítima de nuestra matriz; no puede menos de verse como una infracción de las leyes que nos gobiernan; si la religión santa que profesamos condena una tal deliberación, mucho más espantosa, cruel y sacrílega es por el modo con que pretenden ejecutarla los revoltosos.

Existe España, y existirá vive Dios, a despecho de sus enemigos, y de los malos hijos, porque tienen infinitos allí que conservarán a costa de sus vidas la de nuestra patria, y porque todos nuestros hermanos los naturales de la América, sabrán continuar sus generosos sacrificios a favor de la madre común.

Pero aún en la hipótesis de que sucumba al poder del tirano ¿podrá sostenerse esta preciosa porción de la corona española bajo fundamentos tan débiles, tan torpes, y tan inhumanos? La más esencial máxima para la conservación de un estado es tener bien equilibrado el *maximum* de su fuerza, esto es, que guarde una proporción el terreno con sus habitantes, porque la falta del primero, dice un político, es la causa de las guerras ofensivas, así como nacen las defensivas por la falta del segundo.

En Nueva España se ha tenido siempre, y se ha tenido con razón, la falta de brazos por una traba para su engrandecimiento y como un obstáculo para el fomento de la agricultura y de la industria territorial; ¿y podrán superarse estas dificultades cerrando los puertos a la multitud de honradas y laboriosas familias que emigrarían en caso de la última desgracia de la península? y ¿podría arreglarse el *maximum* de fuerza que necesita el reino para resistir las agresiones de una potencia extranjera, asesinando las familias europeas que hacen una parte muy considerable de la población.

En las desgracias de Santo Domingo, tan oportunamente citadas por el ilustrísimo señor Queipo, y tan análogas a nuestras circunstancias hallaron los infelices, que con la

fuga salvaron la vida, el mejor acogimiento en nuestras posesiones, en las del norte, y en las colonias de las demás potencias europeas; ¿y será posible que los españoles que emigren por no arrastrar las cadenas de un tirano, pierdan sus vidas en los puertos de su salvación? ¿Los españoles de América han de empapar sus manos en la sangre de sus hermanos, en la sangre misma que circula por su venas? ¿Hay memoria de nación tan bárbara que haya cometido iguales atentados? ¿encontrará el cura Hidalgo en su supuesta literatura, hechos tan horribles y tan inhumanos? Pues éste es el plan de independencia trazado por Allende, Aldama y por el cura de Dolores.

Declarada la América por parte integrante de la monarquía; representando un hijo benemérito de estos dominios la soberana persona de nuestro augusto monarca, y convocada la nación en cortes invitando a las provincias americanas para que nombren y manden sus legítimos representantes con todas las facultades que tan justamente les corresponde, es a la verdad una ingratitud remunerar las consideraciones de la madre con la muerte de los hijos.

No es una simple política la que ha determinado estas resoluciones; es si el efecto de la justicia, y una consecuencia de la voluntad general de la nación, expresada muy de antemano en todos los papeles publicados en los primeros días de la revolución de España y en todos cuantos se ha circulado a favor de la augusta asamblea.

En ella expresarán nuestros representantes los vicios que pueda tener la actual constitución, promoverán el remedio que corresponda a los abusos notados, establecerán por principios ciertos la base de la felicidad americana; y su defensa, legislación y comercio serán equilibrados como corresponde a la población, agricultura y artes.

Fiel y noble pueblo americano, ya están en el mar dos de vuestros dignos representantes, y muy en breve seguirán su viaje todos los demás; unos y otros están

plenamente convencidos de la fidelidad y patriotismo de todos los americanos, y ellos desmentirán en presencia del gobierno supremo las voces exageradas que la malicia o la ignorancia lleven a los pies del trono, allí harán de conocer que Nueva España siempre firme en sus principios, forma causa común con la antigua, y que la facción de una pequeña porción de hombres corrompidos no puede obscurecer, ni confundir los sentimientos de fidelidad, patriotismo y religión de todo el reino mexicano.

Cuánto mayores sean los crímenes de esos infelices descarriados, tanto más resplandecerán nuestras virtudes; ellos con excitar la rebelión, y vosotros con el sistema de pacificación y fraternidad, presentaréis ante el Supremo Consejo de Regencia, el claro oscuro de estos acaecimientos; la justicia serán tan terrible para los sediciosos, como franca y liberal la gracia para los leales y virtuosos.

Dije antes y repito, que es preciso ceder a la opinión pública, y que ésta se ha fijado en la rivalidad de los españoles europeos contra los de América, o al contrario; yo no comprendo que haya causa capaz de excitar la ira hasta el punto de tomar las armas para ofenderse recíprocamente con violencia de las leyes, con agravio de la religión y con menosprecio del supremo gobierno que paternalmente nos manda a nombre y en representación del mejor y más desgraciado de los monarcas.

Yo veo que los intereses de la península y los de sus Américas, están tan enlazados que de la preponderancia de aquélla, nace la felicidad de éstas; y que de sus atrasos se resienten estos establecimientos; los españoles de América y los de Europa forma un mismo pueblo, constituyen el mismo estado y hacen una misma familia: hijos de la iglesia católica reconocen las supremas potestades que obedecieron nuestros padres; vasallos de un mismo soberano respetan y se ciñen a unas mismas leyes; e individuos de la masa general están interesados en la felicidad pública, y comprometidos a proporcionarla y a sostenerla

por todos los medios que exige lo sagrado e inviolable del derecho común.

Unos y otros españoles están unidos por los vínculos de la naturaleza, de la sociedad y de la religión; los americanos reconocen el origen, las virtudes y la nobleza en los españoles europeos, de cuyos troncos son ramas legítimas; y ellos saben que aquí están sus nietos y su verdadera descendencia.

Los españoles que han pasado el océano para unirse con sus hermanos han contribuido a la población, y han formado esta tribu numerosa de españoles americanos en quienes se han perpetuado los sentimientos de religión y de patriotismo que los distingue y en quienes han quedado las riquezas de ellos pudieron conseguir; en las armas y en las ciencias, en el comercio y la agricultura, en las artes y en la industria hubo siempre españoles europeos que sacrificaron sus talentos y sus trabajos a favor de los adelantamientos de cada uno de los ramos de utilidad pública a que se dedicaron.

Como padres de familia han impreso en el corazón de sus hijos las saludables máximas de una sana moral y todos se han esforzado en la educación política en cuando ha sido compatible con la constitución de estos países; esposos amantes y padres cariñosos han merecido el amor y el respeto de la mujer y de los hijos, y la memoria de los buenos pasa de una a otra generación con aprecio y con entusiasmo.

Como patriotas han contribuido en todos tiempos para las urgencias del estado, sin que la distancia ni la seguridad en que se hallaban, pudiesen hacer que desatendiesen sus primeras obligaciones.

A favor de la América han quedado la mayor parte de los caudales que adquirieron los europeos, ya sea por una herencia legítima, y ya por fundar establecimientos piadosos y útiles al común de los americanos.

En calidad de ministros de Jesucristo han sido infinitos los que han llegado en todos tiempos así para gobernar como para servir la iglesia americana, y todos han venido sembrando la preciosa semilla de la religión santa que profesamos, y derramando luces de verdadera sabiduría que han penetrado hasta los últimos rincones de esta otra parte del mundo.

Si tal ha sido la conducta pública que han tenido los europeos establecidos en las Américas; si el beneficio de ellas es positivo en lo moral y en lo político; si estos países han al fin resaumido los conocimientos que trajeron y las riquezas que ganaron, no es justo que se compensen tantos y tan buenos servicios con declarar la guerra sangrienta y odio eterno a los que hoy tienen la fortuna de habitar este delicioso suelo, y a los que siguen infatigablemente las huellas de sus antecesores.

En España como en todas partes hay hombres buenos y hombres malos; los hay virtuosos y corrompidos; soberbios y mansos; groseros y políticos; sabios e ignorantes; nobles y plebeyos, y la torpeza de los menos no debe confundir el mérito de los más, ni la parte sana ha de pagar los crímenes del perverso.

Los hijos de América que han visitado la península han hallado constantemente protección en el gobierno, amor en los particulares, y consideración en el pueblo; allí son conocidos con el sólo nombre de americanos, y esta dulce palabra se pronuncia siempre con fraternidad y aún con respeto; no es hipérbole de una imaginación exaltada esta sencilla explicación, es una verdad que acreditarán los infinitos americanos que existen aún en la península, y los muchos que de regreso se hallan ya en sus casas gozando de las comodidades o de los empleos con que el soberano remuneró sus méritos y sus virtudes.

Esta misma ha sido también la conducta de los españoles americanos para con los españoles europeos, y ésta será la que nos una eternamente a pesar de la discordia que

pretende introducir el cura Hidalgo con sus groseras acusaciones y con su insensata criminalidad.

Él es responsable de los robos y asesinatos perpetrados en una porción considerable de españoles, cuyas familias están entregadas a la desolación, y cuyos hijos americanos están reducidos a la indigencia y aún a la desesperación; ellos son los primeros que ansían por vengar al inocente sangre de sus padres derramada cruel e inhumanamente, y ellos son también el más irrefrenable testimonio de que no existe ni puede existir rivalidad entre los hijos de una misma madre, y que el partido de facción sólo está vigente en la rebelión que ha suscitado y acaudilla el cura de Dolores.

No es posible hacer más explicaciones sobre este odioso punto sin incurrir en una repetición fastidiosa; cuantas reflexiones pueden hacerse para desvanecer los débiles fundamentos de la excitada rivalidad están ya adelantadas por multitud de juiciosos, sabios y patrióticos manifiestos que nada dejan que desear y que demuestran hasta la evidencia del delito enorme, y la alta traición de los caudillos de la rebelión.

Cuando la patria está en peligro ella debe ser socorrida con todos los auxilios del común de los ciudadanos, y la nuestra estará positivamente amenazada si soplamos el fuego de la discordia en vez de sofocarlo; el interés es general y generales deben ser los esfuerzos para salvarla; concentremos la fuerza pública, fijemos la opinión común, y estrechemos ahora más que nunca nuestros lazos, nuestro amor y nuestras voluntades, dando así motivo de admiración a todas las naciones, haciéndonos dignos de la gratitud de nuestro amado soberano, y sellando con esta última prueba de nuestra fidelidad las virtudes que han resplandecido en todos tiempos en los hijos de las dos Españas.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602